

# Fragmentos del Mariel

*Carlos Victoria*

**E**L MARIEL FUE UN DISPARO. UN TIRO QUE RETUMBÓ A LO largo de una isla pasiva, maniatada, empapada del sudor de consignas. Un estruendo que incluso logró despertarme a mí, un escritor que ya no era escritor, o nunca fue escritor, a pesar de haber escrito siempre desde la adolescencia (aun antes), y que en ese momento, abril de 1980, tal vez me emborrachaba o me acababa de despertar de la borrachera de la noche anterior, y que vivía así desde hacía muchos años, obrero forestal en la parte visible, y en la oculta, tenaz emborronador de cuartillas con cuentos y poemas y novelas destinados a nunca ver la luz.

Yo vivía, y lo recuerdo ahora, como si la vida no valiera nada. Me habían dicho durante tanto tiempo que yo no valía nada, que al negar aquello que llamaban la patria o el socialismo o la revolución (o cualquiera de esos tantos nombres) yo negaba mi propia condición humana, mi dignidad, mi talento creador, que a la larga comencé a creer que nada valía nada, ni esos nombres ni esa isla ni yo. Tomaba y escribía. Escribía y tomaba. Sólo los allegados, algunos familiares, cierta gente querida, me demostraban que yo no era un fantasma, a veces con amor y otras veces con odio, porque un hombre en perpetuo estado de letargo puede volverse odioso.

Y en ese instante retumbó el disparo. Ver a Cuba metida en esa fiebre, donde se desataron los instintos más bajos (el vejar y golpear a un compatriota porque decide abandonar su tierra), ver por primera vez la real posibilidad de una fuga, de una vida que se pareciera a lo que vagamente yo entendía por vida, me despertó un instinto que tenía por muerto. El instinto del cambio. Tal vez el más riesgoso y el máspreciado de todos los instintos. Hay gentes, muchas gentes, que jamás lo conocen. Pobres de ellas.

Hoy recuerdo solamente detalles de aquellos locos días. Hay cosas que uno olvida, también por instinto. Y han transcurrido dieciocho años.

Recuerdo como en una neblina los actos de repudio, con sus golpizas y sus escupitazos (mi madre recibió uno en la mejilla) sus huevos y sus piedras lanzados con furor.

Recuerdo las tragicomedias de mujeriegos haciéndose pasar por maricones, de madres de familia simulando ser tortilleras o putas, de personas honradas que presentaban a la policía papeles falsos donde se hacía constar actos insólitos de delincuencia, historiales abyectos, fechorías. Esto también es Cuba. La violencia mezclada con la farsa.

Recuerdo sobre todo centenares de barcos, enormes multitudes abarrotando proas. Recuerdo presidiarios de verdad, matones muy reales, exhibiendo sus tatuajes al sol, hombres de mala facha totalmente perplejos, que la noche anterior habían dormido a pierna suelta en cárceles, con la resignación de las largas condenas, y que ahora de repente se hallaban en el mar.

Recuerdo, sí, la costa de la isla, ese instante de dolor y alivio cuando uno dice adiós a una pasión que llegó a consumirte hasta los huesos. Así se alejan los amantes gastados, devorados por la desilusión. El que no haya sufrido un amor que se volvió tortura y del que hay que escapar si es necesario muerto, no sabe de qué hablo. Recuerdo que la costa era sólo una línea. Tan poca cosa, una vegetación. Las olas terminaron por borrarla.

Luego vino otra vida. Eso mejor se describe en los libros, en la ficción. Dice Cavafis (o tal vez lo soñé, o dijo algo distinto) que quien echa a perder su vida en algún sitio, la va a echar a perder en cualquier otro. Me he esforzado en creer que no es así.

Por el Mariel abandonaron Cuba decenas de artistas y escritores. Algunos ya murieron. Otros cambiaron su ruta y no volvieron jamás a crear, ahogados por el afán de lujo, o la droga y la disipación, o la dolencia mental, o la pereza, o la fiebre política, que contamina todo lo que toca. Otros hemos persistido, ignorados por la tenaz izquierda y la tenaz derecha. No llegamos a tiempo: llegamos demasiado temprano o demasiado tarde. Pero al menos llegamos a un espacio donde pudimos ser nosotros mismos.



Carlos Alfonzo. *In Flesh*. (1987)